



SAINT-SAËNS EN LAS PALMAS

El 21 de diciembre de 1889 llegaba a Las Palmas por uno de los vapores correos que hacen el servicio entre las islas de Gran Canaria y Tenerife, un pasajero de modesta apariencia, de simpática fisonomía, de mirada viva y penetrante, de frente alta y despejada y con el pelo y barba entrecanos.

Alojóse en una fonda, donde con frecuencia se detienen algunas horas los emigrantes italianos que van a buscar fortuna a la América del Sur, cual si huyera el incógnito viajero de los ricos hoteles, que en crecido número se encuentran en Las Palmas, y en los que se hospedan las familias inglesas y francesas que quieren disfrutar en el invierno de la temperatura excepcional con que aquella ciudad brinda a sus huéspedes.

En efecto, la capital de la Gran Canaria, centro hoy del movimiento marítimo del Atlántico occidental, visitada cada mes por 120 y 130 vapores de gran porte, dotada de un puerto de refugio inmejorable, con amplios depósitos de carbón, víveres y agua en abundancia, y una temperatura que no desciende nunca de 14.º ni sube de 26.º, es verdaderamente el paraíso soñado por el Tasso por su Armida.

Los meses de enero y febrero transcurrieron sin que el desconocido huésped fuese notado por los habitantes de Las Palmas.

Cierto es que algunas noches entraba en los salones del *Gabinete Literario*, casino donde concurre lo más selecto de la sociedad canaria, y oía tranquilamente las animadas discusiones sobre el mérito relativo de una compañía de ópera que era esperada de la isla de la Madera, no faltando algún aficionado melomaniaco que se adelantaba a recordar los temas más conocidos del repertorio italiano.

En una de esas noches se obstinó un socio en cantar la serenata del Fausto, y como la tesitura de la pieza fuera muy elevada para su voz de bajo, el viajero que pasaba entonces por ser un comisionista francés o belga, se ofreció graciosamente a transportar el acompañamiento, lo que hizo a primera vista en medio de la estupefacción general.

Llegada la compañía de ópera, que era de lo peor que puede oírse, se le vio asiduamente asistir a los ensayos y al teatro, dando algunos consejos al maestro director y a los cantantes, consejos que estos oían siempre con perfecta indiferencia, llegando su humorismo hasta el extremo de ofrecerse a tocar los timbales en la orquesta, y cantar la parte de Monterone en *Rigoletto*, pretensiones ambas que parecieron exorbitantes a la empresa y fueron desechadas.

Entretanto, el tenor de la compañía, a quien se había aficionado el desconocido, recibiendo de él algunas lecciones teóricas, deseando lucir su facultad vocal, cantó una noche en la fonda y, como dijera que sin acompañamiento no le era posible hacerlo bien, se ofreció su amigo a acompañarle y le acompañó en efecto, de memoria, una de las más difíciles piezas del *Buque Fantasma* de Wagner. ¡Nuevo asombro!

Encerrábase con frecuencia el viajero en su aposento y allí pasaba las horas tarareando y emborronando papel, asegurando a sus amigos que estaba dedicado a la poesía.

De pronto llega a Las Palmas la noticia de la desaparición de Saint-Saëns, de los telegramas remitidos a los cónsules franceses en Canarias, y del estreno de *Sansón y Dalila* en Rouen, y de *Ascanio* en la Grande Ópera de París.

Fijóse entonces la atención en aquel extraño personaje que ya no se llamaba comisionista sino médico, y todos creen descubrir en él al insigne compositor francés. Principian a rodearlo algunos, a dirigirle otros insidiosas preguntas, que él elude con perfecto aplomo, y en la duda nadie se atreve todavía a darle su nombre. Pero llega a Las Palmas el *Paris Illustré* con el retrato del gran maestro, y la venda cae entonces de todos los ojos. No hay duda posible, el huésped es Saint-Saëns. Él mismo se reconoce vencido y lo confiesa sin más rodeos.

¡Profunda sensación en Las Palmas! Persecución constante de todos los aficionados. Unos quieren dirigirle la palabra, otros obtener un apretón de manos, oír su voz, grabar sus facciones en la memoria.

Saint-Saëns huye, se esconde y quiere sustraerse a tantas muestras de simpatía; pero en vano, todos a porfía quieren festejarle. El Municipio le organiza una serenata; la Sociedad Filarmónica le ofrece un concierto donde las hermosas hijas del país le cantan melodías canarias; el Cabildo eclesiástico le abre las puertas de la Catedral para que sus dedos pulsen el órgano, y las naves del templo se ven invadidas por un pueblo ansioso de oír al insigne organista de la Magdalena.

Uno de sus admiradores, que recibe la *Revue Bleu*, le lleva los números donde René de Recy da cuenta de sus últimas obras, y entonces se entera por la primera vez del brillante éxito de sus dos óperas, y rabia y se desespera con la supresión de las veinte páginas del *Ascanio*.

Entonces se le oye explicar su desaparición de París en estos o parecidos términos: «Durante la Exposición, decía, deseaba que *Ascanio* se estrenara en la Grande Ópera, pero allí no se daban prisa. Contaban con un público numeroso y extranjero, que no necesitaba de novedades para llenar la sala, y aplazaban mi obra a su antojo. Esto me indignó, y como al mismo tiempo conociera que mi salud se hallaba profundamente quebrantada, resolví huir de París y refugiarme en uno de esos países privilegiados donde el cielo es siempre azul y reina una perpetua primavera. Llegué a Cádiz en diciembre y, desde allí, sin revelar a nadie mi secreto, me trasladé a estas islas, entre las cuales elegí esta de la Gran Canaria para mi residencia habitual, encontrando en ella salud, reposo y bienestar. Aquí he olvidado la música y sólo me he enamorado de su hermana la poesía.»

Con frecuencia se le oía disertar sobre los diversos sistemas musicales que hoy se disputan la dirección de las escuelas alemana, italiana y francesa, y afirmaba que escribiría sobre este asunto dando a conocer el resultado de sus estudios y meditaciones.

Por último, y cumpliendo la promesa que a sí mismo se había hecho de regresar a Francia con las golondrinas,

se embarcó para Cádiz el 13 de abril, dejando en Las Palmas verdaderos amigos y entusiastas admiradores, que sólo desean volverlo a ver allí en el próximo invierno, para que, bajo aquel cielo espléndido y en medio de aquella naturaleza tropical, brote de su inspirada pluma un nuevo florón de su corona artística.

AGUSTÍN MILLARES TORRES

Este artículo es la traducción del aparecido en la *Revista Biss* con el título de «Un desconocido en Las Palmas».

En *El Liberal* (Las Palmas de Gran Canaria), VII, núm. 684, 6 de junio de 1890, p. 2.